

N IS2

CDAHL. Hacia una teoría marxista de la liberación homosexual de David Fernbach. 1982. Docs.18

Clave expediente N IS2

Fondo I

Volumen

Año de publicación 1982

Año final 1982

Sección temática 1982

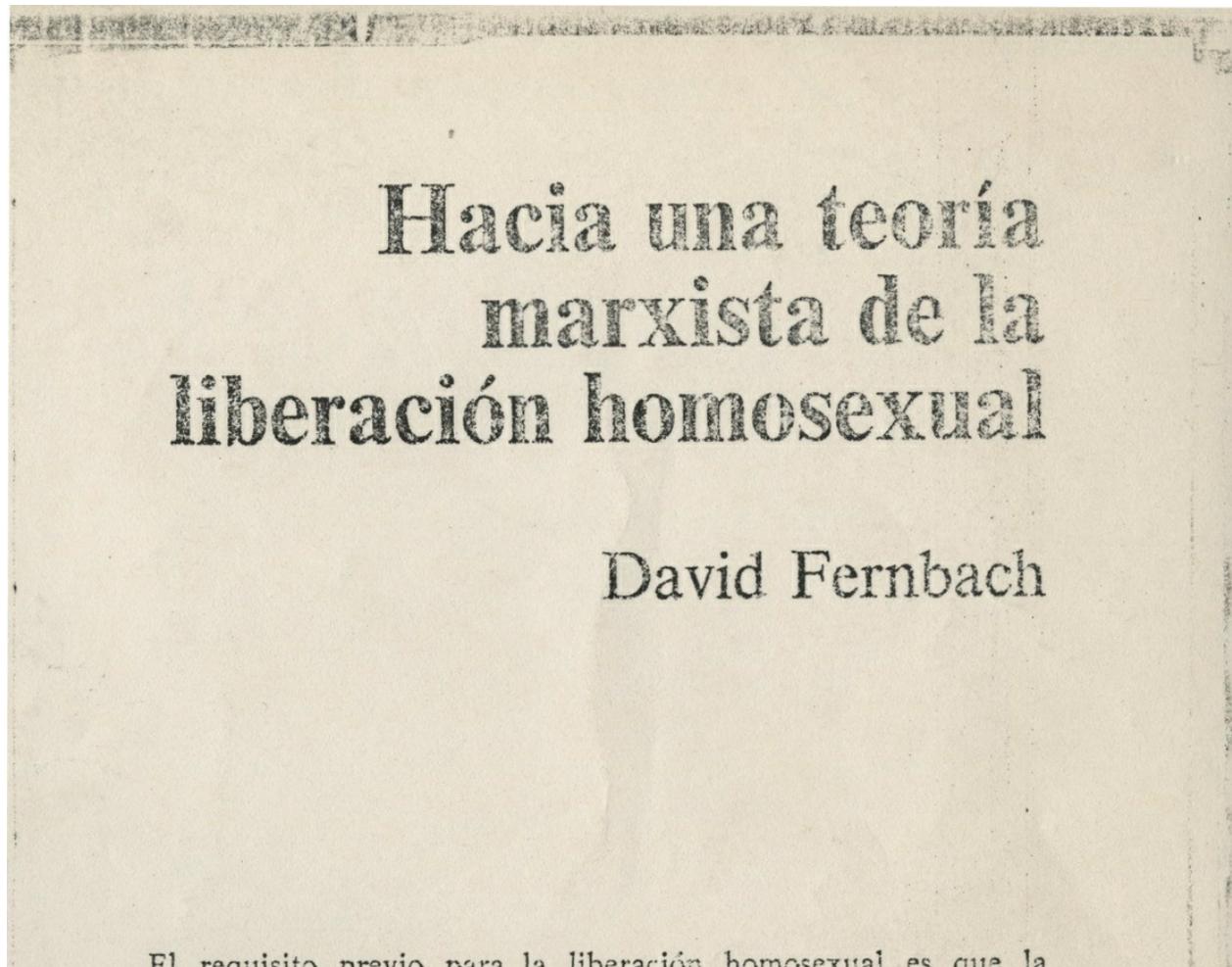
Serie geográfica 1982

Sección relacionada

Serie relacionada

Observaciones Fotocopias de páginas de revista

Fuente



sexualidad humana cese totalmente de estar determinada por las necesidades de la procreación. Sólo cuando esto se consiga podrá la homosexualidad florecer junto con la heterosexualidad como una forma de relación humana.

Este objetivo no es en modo alguno utópico. Sabemos por los descubrimientos de la antropología y la psicología que todos los seres humanos tienen un potencial bisexual, y que es sólo el control social de la sexualidad el que lleva a una heterosexualidad exclusiva y obligatoria. Sabemos que los progresos científicos del siglo xx, sobre todo en materia de control de la natalidad e inseminación artificial, han aportado la base técnica para la total separación entre sexo y reproducción. La opresión de los gays y la represión de la homosexualidad en general sólo es una parte de un sistema más amplio de relaciones se-

«Toward a Marxist theory of gay liberation», *Gay Marxist*, 2, julio de 1975. Traducción de Pilar López a partir de la reimpresión en *Socialist Revolution*, 28, abril-junio de 1976.

David Fernbach ha compilado, traducido y prologado la antología de escritos políticos en Marx en tres volúmenes, publicada en inglés por Pelican en colaboración con *New Left Review*. Sus textos introductorios a dichos volúmenes han sido editados en español por Ediciones Era de México (*Marx: una lectura política*).

xuales que está siendo a acado ahora, desde una perspectiva estrechamente relacionada con la nuestra, por el movimiento de liberación de la mujer.

Este artículo es un intento de explorar la dinámica de la familia nuclear y las normas sexuales de nuestra sociedad en términos de la ciencia marxista de la historia: el materialismo histórico. Su punto de partida es el análisis de Engels en *El origen de la familia*, pero he tratado de desarrollar la teoría marxista clásica sobre la familia a fin de estudiar el carácter específico de la opresión gay y de las nuevas contradicciones en el seno de la familia hoy en día, noventa años después de la publicación del libro de Engels. Al final de este artículo trataré de sacar algunas conclusiones políticas para los partidarios de la liberación gay marxistas.

CAPITALISMO Y FAMILIA

La familia nuclear, característica de la sociedad capitalista desarrollada, es un producto determinado de las relaciones capitalistas de producción. Esto es, se ha desarrollado como la única forma en que la clase trabajadora (incluidos los asalariados de cuello blanco y los profesionales) se puede reproducir en unas condiciones capitalistas, asegurando así un suministro continuo de mano de obra a la producción capitalista.

La producción capitalista está organizada totalmente al margen de cualquier forma de sistema de familia o de parentesco. El capitalista compra la fuerza de trabajo de unos trabajadores individuales y únicamente la combina dentro de la fábrica. Le es pues relativamente indiferente la forma en que los trabajadores organicen su vida fuera del trabajo, con tal de que vuelvan cada día a su puesto para vender su fuerza de trabajo y paguen lo que Marx llamó «la raza de los trabajadores». La crianza de los hijos debe ser realizada por consiguiente fuera de la esfera de la producción, que no ofrece un marco para aquella. Los trabajadores tienen que crear unas relaciones sociales aparte para la crianza de los hijos. Dado que la mujer procreadora no tiene derecho a unos medios de subsistencia en la sociedad capitalista, hay que tomar medidas para que los que ganan un salario mantengan a las mujeres procreadoras.

La familia nuclear (una mujer más un hombre más unos hijos) es la unidad más simple para la crianza de los hijos, y dado que en la sociedad capitalista hombres y mujeres han de agruparse en familias sin que ningún lazo de parentesco los una previamente, ésta es obviamente la razón de que la forma que más fácilmente adoptó la familia fuera la forma nuclear. Teniendo en cuenta la separación entre el centro de trabajo y el hogar, y el índice de natalidad tradicionalmente alto, era inevitable que la actividad procreadora de la mujer se hiciera extensiva a la responsabilidad de la crianza de los hijos y del trabajo doméstico en general. La división sexual del trabajo en la familia afecta también a la división del trabajo en la fábrica. El salario del hombre ha de sufragar el mantenimiento de su familia, mientras que el capitalista dispone de la fuerza de trabajo de la mujer a un precio muy inferior: durante más de un siglo ha sido casi constante una diferencia salarial de 2:1 aproximadamente.

Si la familia nuclear es el producto determinado de las relaciones capitalistas de producción, lo es ante todo en cuanto adaptación de la propia clase trabajadora a las condiciones capitalistas. Pero dado que la familia nuclear es la forma más conveniente para que se reproduzca la clase obrera, el Estado capitalista ha intervenido para apoyar esta forma de familia proporcionando un marco legal al matrimonio y a la familia, seguridad social, etc. La familia nuclear es apoyada pues desde «arriba» por el Estado y desde «abajo» por la clase trabajadora. Esta es la razón de que sea una institución tan fuerte y estable.

OPRESION SEXUAL

Las normas sexuales de nuestra sociedad pueden ser explicadas en función de la familia nuclear. La dependencia económica de la mujer con respecto al hombre se tradujo inevitablemente en una subordinación social general y especialmente en una subordinación sexual. El sexo se convirtió en uno más de los servicios que una mujer tenía que prestar a un hombre a cambio de su mantenimiento.

La familia ha de educar a sus hijos para que respondan a sus demandas sociales: las «cosas de la vida». Las niñas tienen

que realizarse en base a su papel subordinado. Especialmente, para convertirse en mujeres, tienen que reprimir su sexualidad clitoriana autónoma, buscar la satisfacción en ser penetradas por el pene y sublimar sus necesidades eróticas en el cuidado de los hijos y maridos. Los niños, por su parte, son educados en el desprecio a la mujer; se les induce a cultivar una sexualidad agresiva que busca la satisfacción sin tener en consideración las necesidades de sus compañeras. La teoría de Freud acerca de los complejos de edipo y de castración es un intento de explicar los procesos psicológicos a través de los cuales esto se lleva a cabo. Freud presenta el principal mecanismo diferenciador como el «descubrimiento» de la castración femenina, que en realidad se refiere a la importancia dada por padres y educadores a la presencia o ausencia de pene, presentado como el único órgano de gratificación sexual.

La producción psicológica de masculinidad y femineidad implica la represión de las tendencias homosexuales, pero este proceso actúa de modo distinto en cada sexo. En la niña lo que se reprime no es específicamente el lesbianismo, sino más bien toda reivindicación de una autonomía sexual independiente del pene. En el niño, la homosexualidad parece equivalente a la castración, que implica la pérdida de su posición como sujeto sexual y su conversión en objeto de la agresión sexual masculina, al igual que la mujer. El famoso «vínculo masculino» sirve para evitar esto encauzando, por decirlo así, a los penes masculinos hacia la penetración de los objetos sexuales femeninos.

Dado que tanto la sexualidad masculina como la femenina han de ser violentamente ajustadas a las normas exigidas, y dado que esto se hace en millones de familias, cada una de las cuales tiene sus pequeñas pero significativas desviaciones de esta norma ideal, nadie se convierte al crecer en un heterosexual sano y feliz. Probablemente sólo una minoría de niños se acomodan sin demasiadas dificultades al destino que se les ha preparado. Un gran número sólo lo logra tras una lucha más o menos dura. Y en unos pocos casos el mecanismo falla en uno u otro sentido y la sexualidad del niño es canalizada en una dirección obligatoriamente homosexual, en lugar de serlo en una dirección obligatoriamente heterosexual. La agresión que los heterosexuales más inadaptados tienen que movilizar para contener sus tendencias homosexuales encuentra inevitablemente un objetivo en la

minoría gay, que representa de forma visible y externa los deseos que ellos tienen que reprimir en sí mismos. Así pues, la familia tiene un triple efecto sobre la homosexualidad: 1) reprime la homosexualidad en general; 2) lo hace de forma desigual, de modo que algunos niños tienen dificultades para reprimir su homosexualidad y otros se hacen gays al crecer; 3) hace de la minoría gay el foco de la agresión movilizada en particular por aquellos heterosexuales incapaces de reprimir su propia homosexualidad.

HOMOSEXUALIDAD Y ESTADO

Las estructuras de la masculinidad y la femineidad que conducen a la represión de la homosexualidad y a la opresión de los gays se reproducen en la familia de generación en generación. Se remontan, básicamente intactas, hasta mucho antes del capitalismo: hasta los tiempos en que la propiedad privada acabó con la comunidad tribal e hizo que las mujeres procreadoras dependieran de los hombres a nivel individual: lo que Engels denominó «la derrota histórica del sexo femenino». Sin embargo, aun cuando esta forma primaria de opresión gay que proviene directamente de la familia haya permanecido más o menos constante, hay una segunda forma de opresión gay que ha variado sustancialmente incluso dentro de la historia del capitalismo, y esta forma es la política hacia la homosexualidad del Estado (y de sus organismos subsidiarios: los medios de comunicación, la escuela, etc.), como regulador de las relaciones familiares y sexuales en beneficio del modo capitalista de producción. Aunque los funcionarios del Estado tengan sin duda sus sentimientos personales, al hacer una ley o adoptar una política no sólo expresan sus preferencias sino que defienden de la forma más racional posible los intereses de la clase capitalista. Entonces, ¿por qué la enmienda Labouchere de 1885 redujo de forma tan considerable la persecución legal de los gays y por qué la Sexual Offences Act de 1967 suprime incluso las sanciones tradicionales del derecho consuetudinario que pesaban sobre la homosexualidad?

Mi hipótesis a este respecto es la siguiente. En cualquier sistema social basado en la propiedad privada y la familia

individual, los hijos son una carga económica para la pequeña unidad familiar que los produce. Lo son especialmente en una sociedad capitalista desarrollada, donde la unidad de producción está fuera de la familia, los niños no pueden ganarse la vida durante muchos años y las mujeres que crían a sus hijos están excluidas de la producción. En muchos casos, pues, el matrimonio ha de ser aplazado hasta que los futuros padres puedan permitirse el lujo de tener hijos. Pero dado que la heterosexualidad para la que la familia ha preparado a sus miembros lleva al embarazo, la heterosexualidad prematrimonial ha de ser restringida. Esto es en parte lo que hacen las jóvenes al resistir a las exigencias sexuales masculinas en su propio interés frente a la posibilidad de ser abandonadas como madres solteras; pero también requiere el respaldo de una autoridad religiosa poderosa o del Estado. De esta forma, se crea una presión de energía sexual contenida, sobre todo masculina, que si no es encauzada por la autoridad pública podría estallar llevándose por delante las barreras psicológicas erigidas contra la homosexualidad, como sucede a menudo por ejemplo en situaciones carcelarias. La minoría gay, que por lo demás es marginal a la sociedad y ni siquiera se reproduce a sí misma, se convierte entonces en una posible fuente de «contaminación». En una sociedad capitalista, este peligro es especialmente grave, ya que el matrimonio implica una pesada carga económica y no es en modo alguno necesario para la actividad productiva, por lo que, para el hombre, la homosexualidad es de hecho económicamente ventajosa. La ley anterior a 1967 contra la homosexualidad se justificó siempre por la idea de que los gays podrían si no «seducir» a los adolescentes en sus años de formación e impedirles desarrollar una personalidad heterosexual. Sin embargo, sólo cuando se suprime artificialmente la tentación de la heterosexualidad, por medio de barreras económicas, legales o religiosas, puede la homosexualidad amenazar a una heterosexualidad que no tiene bases naturales tan firmes como la homosexualidad, pero es cultivada con esmero por la familia, por no decir otra cosa.

Las restricciones a la heterosexualidad prematrimonial exigen pues la proscripción oficial de la homosexualidad como medida complementaria. Cuanto más fuertes sean las primeras, más fuerte debe ser también la segunda. Esto fue lo que sucedió en el período heroico de la burguesía, que tuvo que aplazar el

matrimonio hasta una edad relativamente avanzada en beneficio de la acumulación capitalista. En un régimen puritano, todas las formas de sexualidad extramatrimonial están prohibidas, precisamente porque el propio matrimonio es un logro difícil.

En los primeros tiempos del capitalismo industrial, el Estado no hizo nada por controlar la vida familiar y sexual de las masas. Es bien sabido que en los abarrotados suburbios industriales del siglo XIX los controles religiosos y familiares se desmoronaron progresivamente. La procreación, sin embargo, no fue un problema al principio; el capitalismo podía obtener toda la fuerza de trabajo que necesitaba con un salario de subsistencia. Sin embargo, cuando aumentaron los peligros de las epidemias de cólera y la revolución, el Estado capitalista desarrolló una política cada vez más intervencionista hacia la familia de la clase trabajadora. Había que asegurar un suministro estable de mano de obra relativamente sana en las propias ciudades industriales, y las Factory Acts, la enseñanza obligatoria, la seguridad social, etc., fueron elementos del esfuerzo del Estado por permitir y alentar a la clase trabajadora a tener una vida de familia. Esto fue sin embargo algo que la clase obrera siempre luchó por conseguir y mantener; pero sólo después de la segunda guerra mundial pudieron prácticamente todos los trabajadores permitirse el lujo de casarse antes o después. El trabajador medio tuvo pues que restringir su heterosexualidad hasta un matrimonio tardío, por las mismas razones económicas que la burguesía lo había hecho antes. Si colocamos la enmienda Labouchere en este contexto, aparece como uno de los muchos «servicios» que el Estado capitalista prestó a la clase trabajadora, ayudándola a establecer la familia nuclear.

LA «REVOLUCION SEXUAL»

En los últimos cien años, la familia nuclear ha arraigado de forma extraordinaria. La clase trabajadora se ha adaptado espléndidamente a las condiciones capitalistas y se casa a una edad cada vez más temprana. En estas circunstancias, sería de esperar que las sanciones legales contra la homosexualidad se suavizaran algo. Pero mientras tanto ha surgido un nuevo hecho de significación histórica mundial que ha trastocado por com-

pleto la situación. La difusión casi universal del control de la natalidad ha roto el lazo causal entre heterosexualidad y procreación, socavando así la proscripción de la sexualidad prematrimonial sin que ningún mandamiento religioso o moral haya sido capaz de poner freno a esta «revolución sexual». Pero ahora que se puede dar rienda libre a la heterosexualidad producida en la familia, no hay ya peligro alguno de que la homosexualidad crezca «como una bola de nieve». Se puede dejar que las estructuras de la masculinidad y la femineidad se reproduzcan por sí solas. El Estado puede abandonar el campo de la orientación sexual porque *la orientación sexual ya no desempeña ningún papel en la reproducción de la fuerza de trabajo*. Si hay algún problema en el futuro, será de un tipo completamente diferente. El Estado capitalista podría tener que ejercer presiones sobre las mujeres para que tuvieran hijos, pero no tendrá que ejercer presión alguna sobre los hombres para que sean heterosexuales.

La opresión gay es como un iceberg. La familia lo produce en el inconsciente por debajo de la línea de flotación, y la intervención visible del Estado es sólo su brillante cima. La situación homosexual en el período actual se caracteriza por una variante peculiar. La punta del iceberg se está derritiendo rápidamente, por primera vez en la historia de la sociedad de clases, bajo los cálidos rayos de sol de la «revolución (hetero) sexual». Los últimos años han sido testigos de la consolidación del *derecho a ser gay*, cada vez más respaldado por el Estado, la Iglesia, los medios de comunicación y otros organismos públicos. La discriminación contra los gays existe todavía en campos como el de la vivienda, ciertos tipos de empleo, etc., pero es una discriminación residual y costará poco extirparla. En la esfera protegida por los organismos públicos, los gays pueden vivir su vida sin muchos problemas. Sin embargo, por debajo de la línea de flotación, dentro de la familia y en la vida diaria, en el trabajo, en la comunidad local, etc., donde las relaciones sociales se rigen en buena parte por los sentimientos que genera la familia, los gays continúan siendo ridiculizados, apaleados, etcétera, por las mismas personas que siempre lo han hecho, y en primer lugar por hombres insuficientemente seguros de su propia heterosexualidad. (Los policías locales a menudo son más

propensos a dejarse llevar por sus propios sentimientos que a hacer que se respete la ley.)

Los partidarios de la liberación gay reconocen por supuesto que los cambios en la ley y en otras superestructuras por sí solos no suponen la liberación. Reconocemos también que hay una fuerza mucho mayor que la nuestra que está actuando en favor del cambio de la estructura opresiva de la familia: el movimiento de liberación de la mujer. He aquí pues algunas notas sobre cómo veo yo la situación en la familia en desarrollo que podrían servir de guía para indicarnos hacia dónde debemos dirigir nuestras energías.

LA FAMILIA Y LA LIBERACION DE LA MUJER

En el momento en que la familia nuclear llegaba a su pleno florecimiento a mediados del siglo xx, se estaban ya preparando las fuerzas que la socavarían. Engels pensaba que la transformación de la familia sólo sería posible a través de una transformación de las relaciones de producción que la rodeaban, pero el propio capitalismo ha producido tres cambios que han abierto nuevos campos dentro de la familia nuclear en los que la mujer puede luchar por su liberación aquí y ahora. Estos tres cambios son, en primer lugar, la drástica reducción del índice de mortalidad y por consiguiente del nivel de fertilidad femenina requerido para reproducir a la población; en segundo lugar, el lento pero significativo descenso del volumen del trabajo doméstico, debido tanto al descenso del tamaño de la familia como a la creciente mecanización, el traspaso de ciertas tareas, como la preparación de alimentos, de la familia a la fábrica, etc.; y en tercer lugar la difusión universal del control de la natalidad junto con otros progresos en la tecnología de la procreación tales como la inseminación artificial.

El control de la natalidad, en particular, permite a la mujer hacer dos cosas. En primer lugar, como es obvio, tener hijos cuando ella lo decide y sólo entonces. En segundo lugar, y también importante, permite a la mujer reafirmar su sexualidad, por primera vez en la historia de la sociedad de clases, ya que tiene como consecuencia dejar la sexualidad al margen del contrato de matrimonio. En el pasado, la mujer tenía que velar

por la efectividad de la proscripción de las relaciones premaritoniales, colaborando así a la represión de su propia sexualidad, ya bastante mutilada por la familia. Ahora que las mujeres son libres de tener relaciones heterosexuales antes del matrimonio, están en condiciones de explorar sus propias necesidades sexuales y exigir de los hombres una relación sexual más satisfactoria e igualitaria. El control por las mujeres de sus propios cuerpos, tanto en su capacidad sexual como reproductiva, es un arma sumamente poderosa. Cuando las mujeres reclaman esta independencia, ya no desean desesperadamente unos hijos y un marido como sublimación de su reprimida sexualidad clitoriana. Se muestran cada vez menos dispuestas a tener hijos si el precio de ello es la dependencia de un hombre. Pronto empezarán a pedir, respaldadas por el índice de natalidad decreciente, que el Estado asuma la plena responsabilidad económica de los costos del cuidado de los hijos y garantice la igualdad de salario y de oportunidades de empleo para la mujer. (El índice de natalidad ha comenzado ya a decrecer significativamente, tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña, con el desarrollo de la conciencia feminista en estos últimos años.) Gradualmente dejarán de obligar a sus hijos a pasar por el complejo de castración y en lugar de ello enseñarán a sus hijas cómo usar su clitoris y enseñarán a sus hijos que su pene, aunque mayor, no es en modo alguno mejor, y tiene también sus desventajas (¡sólo un orgasmo cada vez!). La abolición del complejo de castración permitirá finalmente a niños y niñas desarrollar sus tendencias homosexuales y heterosexuales de una forma no compulsiva ni dominada por el hombre.

LIBERACION DE LA MUJER Y SOCIALISMO

En la era del control de la natalidad, el capitalismo como tal ya no pone barreras absolutas a la liberación de la mujer, y esta lucha puede pues hacer considerables progresos en el sentido de una revolución socialista. Pero el capitalismo actúa ciertamente como freno sobre la liberación de la mujer, y en especial en una sociedad capitalista como la nuestra, donde la familia nuclear dominada por el hombre, producto de una etapa anterior, está tan firmemente arraigada, la liberación de la mu-

jer y la revolución socialista están indudablemente unidas por una compleja relación de interdependencia. Para un sistema económico capitalista, la dotación social de cuidados a los niños, al igual que otros servicios sociales, es un gasto general de la producción al que se opondrá tanto tiempo como le sea posible y que sólo admitirá en la medida en que ya no pueda evitarlo. El Estado capitalista podría de hecho responder al descenso del índice de natalidad no aumentando las instalaciones destinadas al cuidado de los niños, sino restringiendo el aborto y los métodos anticonceptivos, como han hecho algunos Estados que supuestamente están construyendo el socialismo (Rusia en los años treinta, Rumania hoy). La división sexual del trabajo dentro de la esfera social (la concentración de las mujeres en el sector servicios, peor pagado), aun siendo en un principio una consecuencia de la familia nuclear, es sin embargo, una vez establecida, una de las formas que la economía capitalista utiliza espontáneamente para perpetuar la dependencia económica de la mujer. Aunque la mujer puede realizar progresos claros dentro del capitalismo y no está dispuesta a escuchar a aquellos «marxistas» que le dicen que deje los problemas sexuales hasta «después de la revolución», en su lucha por la liberación tropezará sin duda con las barreras de la sociedad de clase. El desarrollo de un movimiento autónomo de la mujer en las condiciones actuales no es pues en modo alguno una «diversión del feminismo burgués»; tiene una dimensión anti-capitalista objetiva y puede conectar con el movimiento obrero sobre esta base.

UNA DIRECCION PARA LOS MARXISTAS GAYS

¿Qué lecciones pueden sacar los partidarios de la liberación gay marxistas de esta teoría de la familia y de la liberación de la mujer? En primer lugar, es erróneo suponer que los gays pueden organizarse en contra del Estado capitalista y a favor del socialismo sobre la base de los derechos civiles. El Estado capitalista está abandonando rápidamente su intervención en el campo de la orientación sexual, y en las democracias burguesas más avanzadas, como Holanda, aparece ya ante los gays como un verdadero amigo, defendiéndolos contra la hostilidad emo-

cional engendrada por la familia. En segundo lugar, a medida que las estructuras de la masculinidad/feminidad sean gradualmente socavadas por el movimiento de liberación de la mujer, los sentimientos antigay desaparecerán lentamente y los gays tendrán un campo cada vez más amplio para actuar socialmente sin hostigamientos ni discriminaciones. El movimiento de masas gay, para el que el problema homosexual se reduce necesariamente a conseguir que los gays sean «aceptados», tiene ante sí una perspectiva de continuo desarrollo, ya que serán muchos los campos de la vida social en que se les acepte sucesivamente. Esta es sin embargo una lucha con pocas posibilidades revolucionarias; en esencia, está capitalizando un hecho que se está produciendo independientemente y en otra parte, es decir, el desgaste de la masculinidad/feminidad llevado a cabo por el movimiento de liberación de la mujer.

El Gay Liberation Front intentó combinar la organización de masas de los gays con una lucha contra las estructuras de la familia, en las que veía, con razón, la base de la opresión gay. No lo consiguió porque la posibilidad de que los gays, por definición al margen de la familia, participen en la lucha por transformarla es muy limitada. Uno de los pocos campos en los que esto es quizá posible es el trabajo de educación sexual realizado en las escuelas, etc., es decir, un campo cultural que está muy próximo a la familia y contribuye a su reproducción; a este respecto, la comisión de educación del GLF de Birmingham ha hecho una labor pionera. Si sobrevive algo del antiguo GLF, es probable que sea algún proyecto específico de este tipo.

Puesto que no hay bases para un movimiento gay revolucionario amplio, tal como *las hay* para un movimiento de la mujer, los marxistas gays deben hacer ~~de~~ de la izquierda marxista su principal campo de combate. En la era posterior al GLF es posible, por primera vez, que los gays actúen abiertamente como tales en organizaciones marxistas; se han creado círculos gays en al menos tres de éstas desde la primera conferencia de marxistas gays, y hay indicios en una o dos más. La izquierda marxista en Gran Bretaña es en la actualidad muy reducida, y en el proceso de reconstrucción de un partido proletario revolucionario como instrumento indispensable para derrocar al capitalismo, los gays, al igual que las feministas, pueden formar parte de su base.

Los marxistas gays comprometidos en la lucha por el socialismo no pueden, como no lo puede ningún auténtico marxista, eludir la enconada polémica que actualmente divide a los que se definen como marxistas revolucionarios en Gran Bretaña. Pero nuestra común conciencia del problema de la sexualidad debería darnos una común conciencia de las limitaciones de todas las organizaciones marxistas existentes. Los movimientos de liberación feminista y gay han planteado un serio desafío a las organizaciones marxistas en este país, pero hasta el momento he visto pocos signos de que ninguno de ellos haya respondido a este desafío. Los que creen que la revolución proletaria está a la vuelta de la esquina, o que puede hacerse sobre la base de la conciencia actual de la clase obrera, por supuesto nunca lo harán. En mi opinión, no será posible ninguna revolución socialista en Gran Bretaña sin una revolución cultural previa de la mentalidad de la clase obrera, que está hoy obnubilada por el racismo, el socialimperialismo y el sexismo. La revolución británica está todavía muy lejos y los marxistas británicos están aún en la etapa de poner los cimientos de un movimiento proletario revolucionario (cosa que, desgraciadamente, hacen bastante mal, por lo general). Sin embargo, Lenin escribió que «sólo un partido dirigido por una teoría de vanguardia puede cumplir la misión de combatiente de vanguardia», y lo escribió refiriéndose en concreto a un país en el que «tareas nacionales como las que tiene planteadas la socialdemocracia rusa no las ha tenido planteadas aún ningún otro partido del mundo» (*Qué hacer*, capítulo 1, sección d). El problema de hacer una revolución socialista en un país capitalista avanzado no ha sido resuelto nunca tampoco por ningún partido marxista. Para resolverlo es esencial que la teoría y la práctica marxistas se amplíen hasta el punto de integrar la contradicción sexual. A menos que un partido marxista comprenda todos los mecanismos de la sociedad que trata de transformar y base su estrategia en este análisis general, no hará nunca una revolución socialista triunfante. No hay atajos a la revolución, y los intentos oportunistas de acortar el camino siempre terminan empujados en el reformismo.

Este será indudablemente el destino de aquellas organizaciones marxistas que actualmente en Gran Bretaña hacen el juego al sexismo de la clase obrera (por no hablar de la clase me-

dia) en su política de proselitismo. Nadie puede llamarse comunista en un país como el nuestro, en el que han surgido ya unos movimientos de liberación feminista y gay, representantes de nuevas fuerzas sociales que objetivamente forman parte del movimiento del capitalismo al comunismo, a menos que entienda claramente el significado de estos movimientos y ponga en práctica una lucha constante contra el sexismo. Esta no es en modo alguno una postura moralista, ni un alegato de los gays o las feministas pidiendo un lugar al sol. Muy al contrario, es un requisito previo para cualquier práctica marxista coronable por el éxito. Si las organizaciones marxistas se oponen resueltamente al sexismo, atraerán hacia sí las energías de las mujeres y los gays que luchan por su liberación. Pero si desprecian la cuestión del sexismo, perderán estas energías y a cambio sólo ganarán el apoyo de los pocos misóginos machistas que todavía están demasiado atrasados para aceptar las ideas de los movimientos de liberación feminista y gay, y que por lo tanto no son en realidad comunistas.

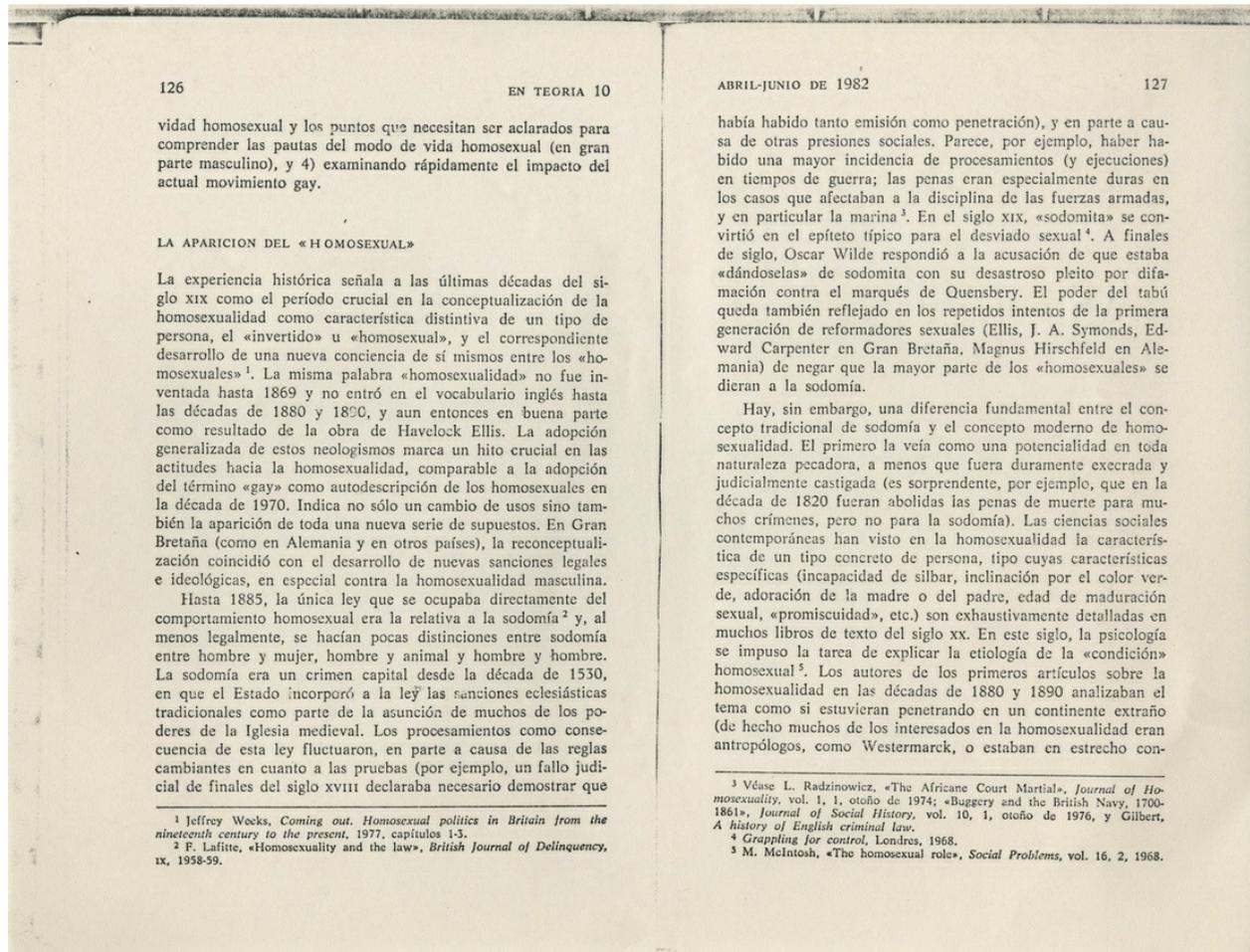
En general, el marxismo británico no puede contentarse con la crítica del capitalismo desarrollada en otros tiempos y en otros lugares. La única forma de avanzar es profundizar y desarrollar la crítica de todos los aspectos de la vida bajo el capitalismo, hasta que finalmente tenga suficiente fuerza para derribar todas las complejas ideologías y controles sociales que atan a la gente al actual orden social. Si adoptan como lema el objetivo de la liberación gay y ponen en práctica una lucha contra el sexismo, las organizaciones marxistas correrán el riesgo a corto plazo de parecer más vanguardistas a mucha gente de lo que se lo parecen en la actualidad, e indudablemente suscitarán más hostilidad todavía. Pero, sin embargo, sólo poniéndose resueltamente al lado de las nuevas fuerzas sociales que la historia ha desencadenado, seremos a la larga capaces de ofrecer al pueblo británico algo por lo que realmente valga la pena hacer una revolución socialista.

Movimientos de afirmación: significados sexuales e identidades homosexuales

Jeffrey Weeks

Los sociólogos, e incluso algunos historiadores, admiten hoy de forma generalizada que el concepto de «homosexual» es una creación histórica, y que hay que hacer una distinción necesaria entre comportamiento homosexual, que como la experiencia demuestra está presente en la mayoría de las culturas, e identidades homosexuales, que como la misma experiencia demuestra son relativamente raras y, en nuestra propia cultura, de origen bastante reciente. Pero sigue sin estar en modo alguno claro cuáles fueron las condiciones necesarias para la aparición de la categoría «homosexual», y los contornos sociales de la identidad homosexual correlativa son muy borrosos. Este artículo intenta explorar algunos de los problemas para comprender las interrelaciones entre los significados sexuales y las identidades homosexuales: 1) esbozando la historia de la aparición del «homosexual» en Gran Bretaña; 2) analizando algunas de las explicaciones dadas a tal proceso; 3) explorando el impacto de la acti-

«Movements of affirmation: sexual meanings and homosexual identities», *Radical History Review*, 20, primavera-verano de 1979, pp. 164-179. © The Radical Historians' Organization Inc., 1980. Traducción de Pilar López.
Jeffrey Weeks es profesor en la Universidad de Essex y miembro del colectivo editorial de la revista inglesa *Gay Left*. Su última obra es *Sex, politics and society: the regulation of sexuality since 1980* (Londres, Longman, 1981).



vidad homosexual y los puntos que necesitan ser aclarados para comprender las pautas del modo de vida homosexual (en gran parte masculino), y 4) examinando rápidamente el impacto del actual movimiento gay.

LA APARICIÓN DEL «HOMOSEXUAL»

La experiencia histórica señala a las últimas décadas del siglo XIX como el período crucial en la conceptualización de la homosexualidad como característica distintiva de un tipo de persona, el «invertido» u «homosexual», y el correspondiente desarrollo de una nueva conciencia de sí mismos entre los «homosexuales»¹. La misma palabra «homosexualidad» no fue inventada hasta 1869 y no entró en el vocabulario inglés hasta las décadas de 1880 y 1890, y aun entonces en buena parte como resultado de la obra de Havelock Ellis. La adopción generalizada de estos neologismos marca un hito crucial en las actitudes hacia la homosexualidad, comparable a la adopción del término «gay» como autodescripción de los homosexuales en la década de 1970. Indica no sólo un cambio de usos sino también la aparición de toda una nueva serie de supuestos. En Gran Bretaña (como en Alemania y en otros países), la reconceptualización coincidió con el desarrollo de nuevas sanciones legales e ideológicas, en especial contra la homosexualidad masculina.

Hasta 1885, la única ley que se ocupaba directamente del comportamiento homosexual era la relativa a la sodomía² y, al menos legalmente, se hacían pocas distinciones entre sodomía entre hombre y mujer, hombre y animal y hombre y hombre. La sodomía era un crimen capital desde la década de 1530, en que el Estado incorporó a la ley las sanciones eclesásticas tradicionales como parte de la asunción de muchos de los poderes de la Iglesia medieval. Los procesamientos como consecuencia de esta ley fluctuaron, en parte a causa de las reglas cambiantes en cuanto a las pruebas (por ejemplo, un fallo judicial de finales del siglo XVIII declaraba necesario demostrar que

¹ Jeffrey Weeks, *Coming out. Homosexual politics in Britain from the nineteenth century to the present*, 1977, capítulos 1-3.

² F. Lafitte, «Homosexuality and the law», *British Journal of Delinquency*, ix, 1958-59.

había habido tanto emisión como penetración), y en parte a causa de otras presiones sociales. Parece, por ejemplo, haber habido una mayor incidencia de procesamientos (y ejecuciones) en tiempos de guerra; las penas eran especialmente duras en los casos que afectaban a la disciplina de las fuerzas armadas, y en particular la marina³. En el siglo XIX, «sodomita» se convirtió en el epíteto típico para el desviado sexual⁴. A finales de siglo, Oscar Wilde respondió a la acusación de que estaba «dándose las» de sodomita con su desastroso pleito por difamación contra el marqués de Queensberry. El poder del tabú queda también reflejado en los repetidos intentos de la primera generación de reformadores sexuales (Ellis, J. A. Symonds, Edward Carpenter en Gran Bretaña, Magnus Hirschfeld en Alemania) de negar que la mayor parte de los «homosexuales» se dieran a la sodomía.

Hay, sin embargo, una diferencia fundamental entre el concepto tradicional de sodomía y el concepto moderno de homosexualidad. El primero la veía como una potencialidad en toda naturaleza pecadora, a menos que fuera duramente execrada y judicialmente castigada (es sorprendente, por ejemplo, que en la década de 1820 fueran abolidas las penas de muerte para muchos crímenes, pero no para la sodomía). Las ciencias sociales contemporáneas han visto en la homosexualidad la característica de un tipo concreto de persona, tipo cuyas características específicas (incapacidad de silbar, inclinación por el color verde, adoración de la madre o del padre, edad de maduración sexual, «promiscuidad», etc.) son exhaustivamente detalladas en muchos libros de texto del siglo XX. En este siglo, la psicología se impuso la tarea de explicar la etiología de la «condición» homosexual⁵. Los autores de los primeros artículos sobre la homosexualidad en las décadas de 1880 y 1890 analizaban el tema como si estuvieran penetrando en un continente extraño (de hecho muchos de los interesados en la homosexualidad eran antropólogos, como Westermarck, o estaban en estrecho con-

³ Véase L. Radzinowicz, «The Africane Court Martial», *Journal of Homosexuality*, vol. 1, 1, otoño de 1974; «Buggery and the British Navy, 1700-1861», *Journal of Social History*, vol. 10, 1, otoño de 1976, y Gilbert, *A history of English criminal law*.

⁴ *Grappling for control*, Londres, 1968.

⁵ M. McIntosh, «The homosexual role», *Social Problems*, vol. 16, 2, 1968.

tacto con antropólogos, como Havelock Ellis con Malinowski). Un médico eminente, sir George Savage, describió en el *Journal of Mental Science* (octubre de 1884) los historiales clínicos de un joven y una mujer homosexuales, y se preguntaba si «esta perversión es tan rara como parece», mientras que Havelock Ellis pretendía haber sido el primero en registrar casos de homosexuales no relacionados con cárceles o asilos. El «sodomita», como dice Michel Foucault, era un relapso; el «homosexual» es una especie, y las ciencias sociales, a lo largo de este siglo, han hecho diversos esfuerzos —por lo general infructuosos— por explorar este fenómeno.

Este cambio de conceptos no significa, por supuesto, que aquellos que adoptaban un modo de vida predominantemente homosexual no se consideraran a sí mismos como algo diferente hasta finales del siglo XIX. Hay pruebas de la aparición de una subcultura homosexual masculina en Londres y una o dos ciudades más desde finales del siglo XVII, a menudo caracterizada por el travestismo y la inversión de los papeles de género.⁶ A mediados del siglo XIX parece ser que la subcultura homosexual masculina tenía características bastante similares a las modernas, con centros de reunión reconocidos y lugares de encuentro de homosexuales, contactos sexuales ritualizados y un argot y un «estilo» disonivos. Pero hay también muchas pruebas, hasta muy avanzado el siglo XIX, de prácticas que las pautas modernas considerarían sumamente comprometedoras desde el punto de vista sexual. Lawrence Stone⁷ describe cómo los estudiantes de Oxbridge dormían con otros estudiantes en el siglo XVIII sin connotaciones sexuales, mientras que Smith Rosenberg ha descrito las relaciones íntimas —y al parecer no sexualizadas— entre mujeres en el siglo XIX.⁸ En la última parte del siglo XIX, sin embargo, la polémica en torno a la «inmoralidad» en las escuelas públicas, varios escándalos sexuales, una nueva situación legal, los inicios de un análisis «científico» de la homosexualidad y la aparición del «modelo médico» provocaron una toma de conciencia de la homosexualidad como cuestión social. El tema, como dijo entonces Edward Carpenter, «tiene una

⁶ *Ibid.*

⁷ L. Stone, *The family, sex and marriage*, Londres, 1977, p. 516.

⁸ C. Smith-Rosenberg, «The female world of love and ritual», *Signs*, vol. 1, 1, otoño de 1975.

gran actualidad y nos está presionando por todos lados»⁹. Dentro de este contexto en desarrollo, aquellos que tenían inclinaciones homosexuales empezaron a percibirse como «invertidos», «homosexuales» o «suranianos», etapa crucial en el prolongado y desigual proceso por el que la homosexualidad comenzó a tomar una configuración evidentemente moderna.

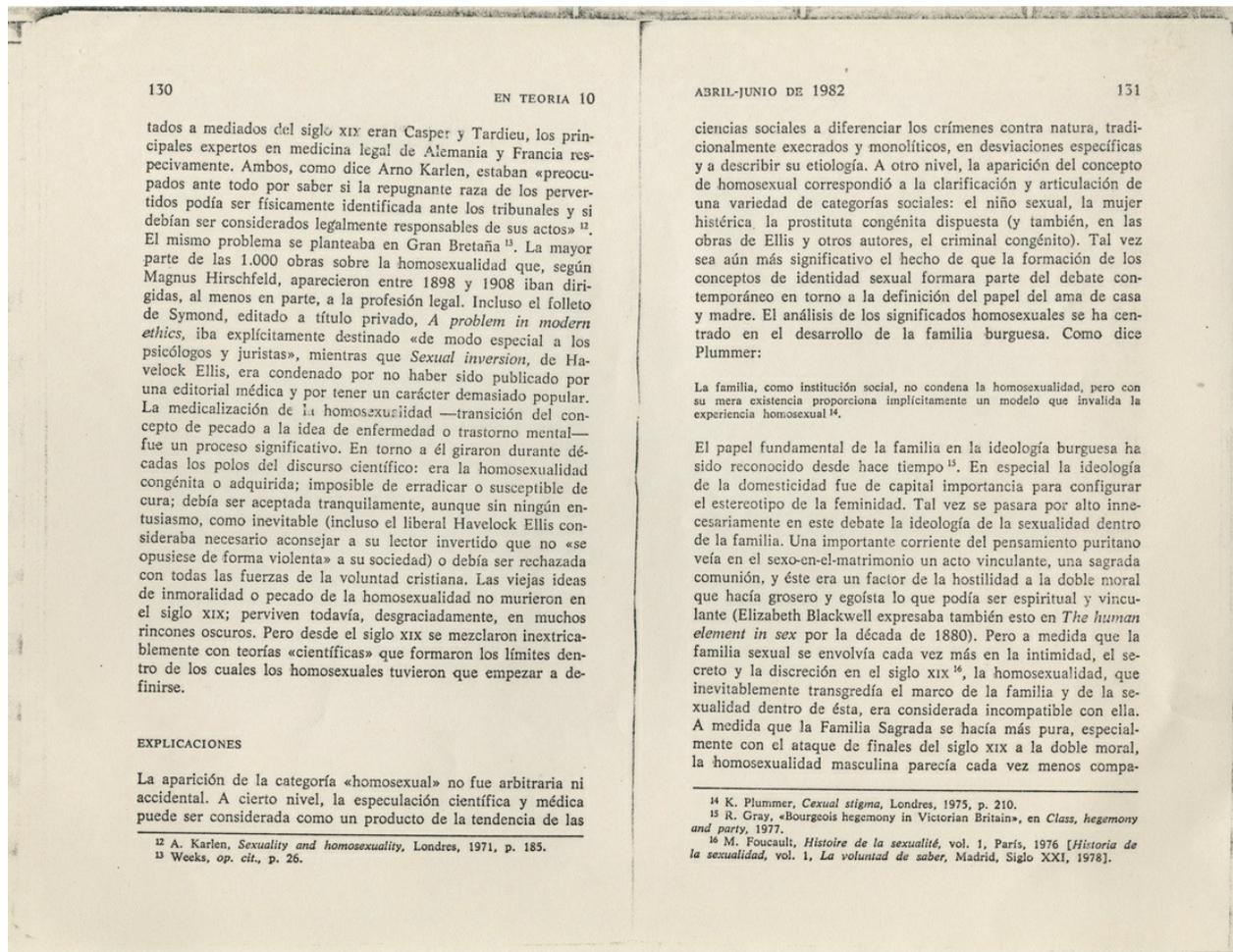
El cambio de la situación legal e ideológica fue una circunstancia crucial en ese proceso. La *Offences Against the Person Act* de 1861 derogó la pena de muerte para la sodomía (que no se había aplicado desde la década de 1830), sustituyéndola por sentencias que oscilaban entre los diez años y la cadena perpetua. Pero en 1885 la famosa enmienda Labouchere a la *Criminal Law Amendment Act* hacía que todas las actividades homosexuales masculinas (actos de «la mayor indecencia») fueran castigables con penas de hasta dos años de trabajos forzados. Y en 1898, las leyes sobre proposiciones con «fines inmorales» fueron reforzadas y efectivamente aplicadas a homosexuales masculinos (dichas leyes fueron aclaradas por la *Criminal Law Amendment Act* de 1912 con respecto a Inglaterra y Gales; en Escocia se dictaron medidas diferentes). Ambas leyes ampliaban notablemente los controles legales sobre la homosexualidad masculina¹⁰. Aunque formalmente era menos dura que la pena capital para la sodomía, la nueva situación legal afectaba probablemente a un círculo de personas mucho más amplio. Una serie de escándalos sensacionalistas, que culminaron en los procesos de Oscar Wilde, trazó una línea muy estricta entre las formas de comportamiento permisibles y las no permisibles, pero al mismo tiempo la publicidad dada a estos procesos contribuyó a crear una identidad homosexual masculina¹¹. Hay que señalar, sin embargo, que la nueva situación legal no se aplicaba a las mujeres, y el intento de hacer extensivas a éstas las medidas de 1885 fracasó en 1921.

El desarrollo de un «modelo médico» de la homosexualidad estaba íntimamente relacionado con la situación legal. Los escritores europeos sobre el tema de la homosexualidad más ci-

⁹ E. Carpenter, *The intermediate sex*, Londres, 1908, p. 9.

¹⁰ F. B. Smith, «Labouchere's Amendment to the Criminal Law Amendment Act», *Historical Studies*, Melbourne, vol. 17, 67, 1976; Weeks, *op. cit.*, páginas 14-22.

¹¹ H. Ellis, *Studies in the psychology of sex*, 4 vols., vol. 2, Nueva York, 1936, p. 352.



tible con el amor conyugal. Esto estaba de hecho de acuerdo con el tradicional odio puritano a la homosexualidad¹⁷. Es asombroso que los organizadores de la campaña de pureza social de la década de 1880 vieran tanto en la prostitución como en la homosexualidad masculina productos de una lujuria masculina indeferenciada¹⁸; y es igualmente significativo, aunque por lo general pasara inadvertido, que las principales medidas sobre la homosexualidad masculina a partir de la década de 1880 (la enmienda Labouchere, la Vagrancy Act de 1898) se ocuparan sobre todo de la prostitución femenina. De hecho, todavía en la década de 1950 se consideraba lógico crear un comité gubernamental —el comité Wolfenden— para estudiar tanto la prostitución como la homosexualidad masculina.

Hay pues un vínculo evidente, aunque hasta ahora insuficientemente analizado, entre una definición más estricta de la homosexualidad y la evolución de la familia. La mayoría de los intentos de explicar este vínculo se han basado en variaciones de la teoría de los papeles. La homosexualidad masculina ha sido considerada como una amenaza a los supuestos acerca de la sexualidad masculina y concebida como un reto al papel heterosexual masculino dentro del capitalismo.

En Gran Bretaña, las relaciones sexuales han sido confinadas dentro del matrimonio, que ha sido presentado como la última forma de la madurez sexual... La familia nuclear heterosexual ayuda a un sistema como el capitalismo porque produce y socializa en los jóvenes ciertos valores... El mantenimiento de la familia nuclear, con su comportamiento de papeles específicos, crea un evidente consenso con respecto a la normalidad sexual.

Así pues,

Cualquier ambigüedad, como el travestismo, el hermafroditismo, la transexualidad o la homosexualidad es amoldada al comportamiento «normal» adecuado a cada género o relegada a las categorías de enfermo, peligroso o patológico. El individuo se ve forzado a encajar en las normas de comportamiento apropiadas a los papeles de los géneros heterosexuales¹⁹.

¹⁷ L. Stone, *The crisis of the aristocracy*, Londres, 1966 [*La crisis de la aristocracia*, Madrid, Revista de Occidente, 1976].

¹⁸ Weeks, *op. cit.*, p. 17.

¹⁹ M. Brake, «I may be a queer, but at least I am a man», en Barker y Allen, *Sexual divisions and society: process and change*, Londres, 1976, páginas 178, 176.

El resultado es la aparición de un «papel homosexual» masculino, papel especializado, despreciado y castigado que «mantiene pura a la mayoría de la sociedad de forma bastante parecida a como el tratamiento de algunos tipos de criminales contribuye a mantener al resto de la sociedad dentro de la ley»²⁰. Tal papel tiene dos consecuencias: contribuye a crear un umbral bien definido entre el comportamiento permisible y el comportamiento no permisible; y, en segundo lugar, contribuye a segregar a los calificados de desviados, con lo que contiene y limita sus normas de comportamiento. Del mismo modo, la subcultura homosexual, que es el corolario del desarrollo de un papel especializado, da acceso a la necesidad socialmente fuera de la ley (sexo) que todavía siente el desviado. Los homosexuales masculinos pueden ser pues definidos como aquellos excluidos de la familia sexual y como cabezas de turco en potencia cuya opresión puede mantener unidos a los miembros de la familia.

Aunque convincente y realmente influyente²¹, esta teoría, arraigada como lo está en la sociología funcionalista, no deja de presentar problemas. Uno de ellos tiene que ver con la cuestión del «control social» y la intencionalidad que implica²². La experiencia histórica indica la importancia de las ideologías del sexo y la ciencia, más que de la política, en la evolución de las nuevas actitudes a finales del siglo XIX, y si la ideología es una relación lúcida más que una serie de ideas impuestas, una teoría de los papeles como la antes descrita puede fácilmente volverse estática y ahistórica, descriptiva y no teórica. Este modelo ha sido útil para trazar los contornos de la subcultura homosexual masculina, más que para relacionar este desarrollo con procesos sociales más amplios desde un punto de vista histórico. Y tal vez también sea significativo que haya habido pocos intentos de explicar la falta de un papel lesbiano comparable, porque éste está relacionado de forma más compleja con todo el campo problemático de la sexualidad femenina, que plantea grandes dificultades históricas.

En segundo lugar, surgen problemas cuando nos enfrentamos con la cuestión de la adquisición de los significados sexua-

²⁰ MacIntosh, *op. cit.*, p. 184.

²¹ Weeks, *op. cit.*, introducción.

²² G. Stedman Jones, «Class expression versus social control», *History Workshop*, 4, 1977.

les. Así como la categoría «homosexual» es una creación histórica, así también los significados sexuales son atribuidos y aprendidos en la interacción social. Pero esta fórmula sencilla presenta varios problemas cuando se intenta comprender el cambio y la determinación histórica. Una breve descripción de dos teorías diferentes (aunque a veces sorprendentemente superpuestas) ayudará a aclarar este problema.

El interaccionismo simbólico ha sido el instrumento teórico más poderoso de los recientes análisis de la homosexualidad en Gran Bretaña²³, y su importancia radica sobre todo en que pone en entredicho, en oposición a las teorías tradicionales del impulso/represión, la propia categoría de «sexualidad». La sexualidad, dicen Gagnon y Simon, está sujeta a una «modelación sociocultural en un grado superado por muy pocas otras formas de comportamiento humano»²⁴. De aquí que lo que es sexual en una cultura, o incluso en una situación, pueda no serlo en otra. Es, desde el punto de vista clásico, una perspectiva teórica idealista: las ideas no son tratadas en función de sus raíces históricas o de sus efectos prácticos, sino que son consideradas como el trasfondo de todo proceso social. Los procesos sociales son tratados esencialmente en función de las ideas, y es a través de las ideas como construimos la propia realidad social. Sus teóricos sexuales (Gagnon y Simon, Plummer) postulan una serie potencialmente infinita de escrituras sexuales en las que el individuo crea su identidad sexual. En el estudio de la homosexualidad²⁵, este método ha delimitado claramente las formas en que se construye una identidad homosexual en la interacción social, apoyando así los intentos de delimitar un papel homosexual y reforzando al mismo tiempo la idea de que los homosexuales definen su propia identidad, especialmente mediante la interacción subcultural. Para los historiadores también puede tener interés, al sugerir situaciones en las que se asumen o refuerzan identidades. Un programa de investigación para seguir el desarrollo de la identidad homosexual en Gran Bretaña incluiría a la vez fuerzas sociales más amplias, como la urbanización que crea las condiciones²⁶ para el desarrollo de distintas

²³ Plummer, *op. cit.*

²⁴ J. H. Gagnon y W. Simon, *Sexual conduct*, Londres, 1973, p. 26.

²⁵ Plummer, *op. cit.*

²⁶ J. Harvey, «Urbanization and the gay life», *Journal of Sex Research*, vol. 10, 3, 9 de agosto de 1974.

subculturas, y el cambio del papel del Estado a través de la legislación y su respaldo a formas familiares contrarias al modo de vida homosexual, con un estudio de las consecuencias de los grandes escándalos y procesos públicos (como el proceso a Oscar Wilde en la década de 1890, el furor causado por *The well of loneliness* en la década de 1920). Además, la investigación debería centrarse en el cambio del papel de los medios de comunicación que crean y respaldan imágenes y estereotipos públicos (Pearce, 1975), el desarrollo de las categorizaciones médicas y la influencia de la profesión médica y la respuesta homosexual, tanto en la formación de identidades individuales y modos de vida como en la organización subcultural.

Pero el interaccionismo simbólico ha sido hasta ahora incapaz de teorizar sobre las variaciones sexuales que puede describir tan claramente (por ejemplo, por qué algunos individuos adquieren una identidad homosexual y no heterosexual); y ha sido también incapaz de conceptualizar las relaciones entre posibles normas sexuales y otras variables sociales, así como de explicar por qué hay constantes desplazamientos en la localización de los tabúes históricos a propósito de la sexualidad (por ejemplo, por qué parece ser que en la década de 1970 el tabú de la homosexualidad en Occidente se está desplazando de las relaciones entre adultos al lesbianismo y a la pedofilia). Además, si se atribuyen los significados exclusivamente a la interacción social, se da a entender que pueden ser transformados por un acto de voluntad individual o colectiva, cuando la sexualidad se experimenta de hecho como una característica profundamente arraigada. Finalmente, en relación con esto, la interacción simbólica es incapaz de teorizar por qué, si hay posibilidades infinitas de sensualización, los genitales continúan teniendo un papel profundamente arraigado en la imaginación y la identidad sexual. El interaccionismo simbólico se detiene pues precisamente en el punto en que es esencial la teorización: en el punto de la determinación histórica y la estructuración ideológica en la creación de la subjetividad.

Esta es la razón de que estemos ahora presenciando una reconsideración, especialmente entre las feministas, de Freud y el psicoanálisis con vistas a emplearlo como instrumento para desarrollar una interpretación teórica del patriarcado. Resulta cada vez más evidente que si la aparición de una identidad homo-

sexual distinta va unida a la evolución de la familia, dentro de ésta el papel del macho —teorizado en términos del papel simbólico del Falo y de la Ley del Padre— es de fundamental importancia. Los análisis del patriarcado permitirán a los historiadores empezar a comprender la relación entre género y sexo (ya que es en la familia donde las diferencias anatómicas entre los sexos adquieren su significación social) y también empezar a descubrir la historia específica de la sexualidad femenina, dentro de la cual hay que situar en última instancia la historia social del lesbianismo. El punto focal de la mayoría de los análisis ha sido hasta ahora *Psychoanalysis and feminism*, de Juliet Mitchell, el cual, como ha dicho recientemente un crítico favorable:

Abre el camino a una reevaluación del psicoanálisis como teoría que puede aportar un conocimiento científico del mundo en que se mantiene la ideología patriarcal a través de la producción de «masculinidad» y «feminidad» psicológicas.²⁷

Este comentario ha aparecido en una revista australiana, *Working Papers in Sex, Science and Culture* (ahora *Working Papers: Studies in the Discourses of Sex, Subjectivity and Power*), que se creó a partir de un periódico del movimiento de liberación gay, lo que no deja de ser interesante. Aunque la cuestión de la sexualidad ha sido ahora estratégicamente asociada a toda la problemática del patriarcado, todavía no se ha hecho ningún esfuerzo continuado en el mundo angloparlante —ni siquiera en *Working Papers*— por teorizar el papel específico de la homosexualidad en la sociedad patriarcal.

Los franceses se han mostrado un poco menos reticentes, lo que da especial interés a la reciente publicación en inglés del libro de Guy Hocquenghem *Homosexual desire* (publicado en Francia como *Le désir homosexuel* en 1972). El ensayo parte de la reinterpretación lacaniana de Freud, la teoría lingüística y la cuestión de la ideología, pero está sobre todo en deuda con la obra de Gilles Deleuze y Felix Guattari, *L'Anti Oedipe*, su crítica de las teorías freudianas (y lacanianas) y su subsiguiente teoría del esquizoanálisis. Como en nuestro argumento, Hocquenghem reconoce la función culturalmente específica del concepto

²⁷ R. Albury, «Two readings of Freud», *Working Papers in Sex, Science and Culture*, vol. 1, 1, 1976, p. 7.

de «homosexual» y se basa en el ensayo de Michel Foucault sobre la locura y la civilización para sugerir la analogía entre el desarrollo en el siglo XVIII del concepto social de locura como cualidad individual y específica y la conceptualización de la homosexualidad. Hocquenghem afirma que el «creciente imperialismo» de la sociedad trata de atribuir una condición social a todo, incluso a lo inclasificado, lo que da lugar a una definición estricta de la homosexualidad. El reciente libro de Foucault, *La voluntad de saber*, explicita este punto.

Hocquenghem afirma que el «deseo homosexual», como de hecho el heterosexual, es una división arbitraria del flujo del deseo, que en sí es polivocal e indiferenciado, de modo que la noción de una homosexualidad exclusiva es una «falacia de lo imaginario», una falsa interpretación y una falsa percepción ideológica. No obstante, la homosexualidad tiene una intensa presencia social, y es porque expresa un aspecto del deseo que no aparece en ningún otro lugar. La manifestación directa del deseo homosexual se opone a las relaciones de los papeles y las identidades necesariamente impuestos por el complejo de Edipo a fin de asegurar la reproducción de la sociedad. El capitalismo, en su necesario recurso a la edipización, fabrica «homosexuales» del mismo modo que produce proletarios, y lo que se fabrica es una categoría psicológicamente represiva. Hocquenghem afirma que los principales medios ideológicos de reflexionar sobre la homosexualidad están en última instancia ligados, aunque no de forma mecánica, al progreso del capitalismo occidental. Equivalen a una perversa «reterritorialización», a un masivo esfuerzo por recuperar el control social, en una palabra, tienden al desorden y la descodificación. Como consecuencia de ello, el establecimiento de la homosexualidad en cuanto categoría aparte va acompañado de su represión. Por una parte tenemos la creación de una minoría de «homosexuales»; por otra, la transformación en la mayoría de los elementos homosexuales reprimidos del deseo en deseo de reprimir. De ahí que la homosexualidad sublimada sea la base de la paranoia en torno a la homosexualidad que impregna el comportamiento social, el cual a su vez es una garantía de la supervivencia de las relaciones edípicas, la victoria de la Ley del Padre. Hocquenghem afirma que en el triángulo edípico sólo se admite un órgano, lo que Deleuze y Guattari denominan el «significado despótico», el

Falo. Y así como el dinero es el verdadero punto de referencia para el capitalismo, así también el Falo es el punto de referencia para el heterosexualismo. El Falo determina, por ausencia o por presencia, la envidia del pene en la niña y el miedo a la castración en el niño; recurre a la energía libidinal del mismo modo que el dinero recurre al trabajo. Y como este comentario pone de manifiesto, esta edipización es a su vez un producto del capitalismo, y no, como podría decir la escuela lacaniana, una ley de la cultura o de todas las sociedades patriarcales.

Sin entrar en más detalles, surgen varias dificultades. La primera está relacionada con toda la cuestión de la paranoia homosexual (que recuerda en muchos aspectos las recientes discusiones sobre la homofobia en Gran Bretaña y Estados Unidos)²⁸. La idea de que la represión de la homosexualidad en la sociedad moderna es un producto de la homosexualidad reprimida se asemeja en ocasiones a una teoría hidráulica de la sexualidad, que tanto el interaccionismo simbólico como las interpretaciones lacanianas de Freud han rechazado. No es una explicación suficiente para convertir la idea de que la homosexualidad es una paranoia, divulgada por la profesión médica en el siglo actual, en la idea de que las actitudes hostiles a la homosexualidad son en sí paranoides. Tampoco contribuye la teoría a explicar la liberalización real, aunque limitada, de las actitudes que se ha producido en algunos países occidentales o la gama de actitudes en los diferentes países e incluso en las diferentes familias.

En segundo lugar, como consecuencia de esto, está el problema, todavía sin explicar, de por qué algunos individuos se vuelven «homosexuales» y otros no. El uso del concepto de edipización restablece una cierta idea de determinación social de la que carece el interaccionismo simbólico, pero como contrapartida ignora la importancia de las presiones familiares, los procesos educativos y clasificatorios y las imágenes de los medios de comunicación que refuerzan la identidad.

Finalmente, está la relación todavía ambigua entre capitalismo y patriarcado. Si Mitchell puede ser criticada por crear dos campos separados para la lucha política, el económico (contra el capitalismo) y el ideológico (contra el patriarcado), Hoc-

²⁸ G. Weinberg, *Society and the healthy homosexual*, Nueva York, 1972.

quenghem también puede ser criticado por desecharlos a un tiempo. Y, una vez más, el fallo de *Homosexual desire* está en que no intenta explicar las modalidades del lesbianismo²⁹. Sin embargo, la obra de Hocquenghem suscita importantes cuestiones. En especial, indica la importancia de dos observaciones fundamentales hechas por Foucault en *La volonté de savoir*. La primera es el rechazo por Foucault de la hipótesis de la represión. Afirma que la sexualidad no es un don de la naturaleza que el «poder» esté tratando de «reprimir», sino el nombre dado a un aparato histórico. En los últimos siglos, más que un régimen de silencio y censura, hemos visto una masiva explosión de discursos en torno al sexo. Esto implica que la sociedad burguesa, lejos de excluir el «sexo», ha incitado realmente una explosión de sexualidades; y una expresión del poder burgués es que el sexo se ha convertido en un importante principio de organización. Esto es, la sociedad burguesa crea sexualidades en lugar de negarlas.

En segundo lugar, Foucault rechaza una simple relación entre capitalismo y sexualidad. Afirma que no hay una sola estrategia global que abarque a toda la sociedad y de modo uniforme a todas las manifestaciones del sexo. Localiza cuatro conjuntos estratégicos que están en marcha desde el siglo XVIII y han creado aparatos específicos de poder y conocimiento en relación con el sexo: la histerización del cuerpo de la mujer, la pedagogización del sexo del niño, la socialización del comportamiento procreador y la psiquiatrización de las perversidades. El resultado de esto es la aparición en el siglo XIX de cuatro objetos de conocimiento privilegiados: la mujer histórica, el niño que se masturba, la pareja malthusiana y el adulto perverso³⁰. La obra de Foucault está todavía en una etapa de bosquejo teórico y sus ramificaciones tienen aún que ser plenamente absorbidas en el estudio de la sexualidad. Hay ciertos puntos oscuros en su concepto central de «poder» y su relación con la teorización marxista ortodoxa es problemática. Pero al intentar teorizar el sexo en función de unas prácticas discursivas, Foucault ha sido capaz de romper con un concepto simplista de la «represión» sin perder

²⁹ J. Weeks, prefacio a Hocquenghem, *Homosexual desire*, Londres, 1978.

³⁰ Foucault, *op. cit.*; G. Gordon, «Birth of a subject», *Radical Philosophy*, 17, verano de 1977.

al mismo tiempo de vista el proceso histórico. Su obra puede por consiguiente ser fundamental para futuras teorizaciones de la homosexualidad.

IDENTIDADES HOMOSEXUALES

Foucault ha señalado que «en cuanto hay una relación de poder, hay una posibilidad de resistencia»³¹. Las últimas décadas del siglo XIX, como hemos señalado, fueron un período crucial para la aparición de una identidad homosexual masculina. Dentro de los límites marcados por los cambios sociales más amplios, se desarrolló, de forma gradual y desigual, una conciencia entre una capa de «homosexuales» que «se apoderaron del discurso patologizador de la 'implantación perversa' y lo transformaron en un discurso de autoafirmación desafiante»³². El proceso se puede seguir en la vida de J. A. Symonds³³, Edward Carpenter³⁴, varios poetas «uranianos»³⁵ y muchos otros³⁶. Era una conciencia contradictoria: a menudo agresivamente sexual, pero también defensiva y agobiada por la culpa. La ley y sus sentencias convirtieron a los homosexuales en individuos al margen de la ley, los residuos religiosos les dieron una fuerte sensación de culpa y la medicina y la ciencia les dieron una profunda sensación de inferioridad e inadaptación. Goldsworth Lowes Dickinson, conocido humanista y racionalista liberal, creía tener un «alma de mujer en un cuerpo de hombre». Pero también creía que esto era una «desgracia... Soy como un hombre que ha nacido tullido». Roger Casement disfrutó con sus aventuras homosexuales y registró el tamaño de los órganos sexuales de sus ligues en su diario, pero creía que su homosexualidad era una «terrible enfermedad» que debía ser curada³⁷. Todos ellos eran, hay que subrayarlo, intelectuales distinguidos y sumamente cultos. Para muchísimos otros, su homosexualidad

³¹ Foucault, «Power and sex: an interview with Michel Foucault», *Telos*, verano de 1977, p. 160.

³² Gordon, *op. cit.*, p. 25.

³³ P. Grosskurth, *John Addington Symonds*, Londres, 1964.

³⁴ Rowbotham, «Edward Carpenter: prophet of the new life», en Rowbotham y Weeks, *Socialism and the new life*, Londres, 1977.

³⁵ T. D'Arch Smith, *Love in earnest*, Londres, 1970.

³⁶ Weeks, *Coming out*.

³⁷ *Ibid.*, pp. 31-32.

era una impotencia, una enfermedad, un desastre personal. La conciencia de los homosexuales masculinos estaba profundamente quebrantada por las normas vigentes.

Hay que señalar otros varios factores. Hacemos hincapié, por ejemplo, en la naturaleza masculina de la conciencia homosexual. El lesbianismo no tropieza con una presión social comparable. Ha habido personas que se han identificado como lesbianas, y en ellas podemos detectar muchas de las características de los hombres³⁸. Incluso la novela lesbiana de Radclyffe Hall, *The well of loneliness*, decidida defensa del amor lesbiano, está impregnada de un sentimiento estereotipado del destino trágico del que nace invertido.

Pero el autorreconocimiento lesbiano era mucho menos pronunciado que el del homosexual masculino, y el desarrollo subcultural fue escaso. Si los procesos de Oscar Wilde fueron grandes acontecimientos para los hombres, un acontecimiento comparable para el lesbianismo, como el proceso de la novela de Hall, tuvo un impacto mucho menos devastador, y eso que se produjo una generación después. Incluso la ciencia, tan ansiosa de detallar las características de los homosexuales masculinos, ignoró en buena parte al lesbianismo. Gagnon y Simon señalaban recientemente que «la literatura científica sobre la lesbiana es sumamente escasa»³⁹. Estos factores indican que lo que se necesita no es tanto una explicación monista de la aparición de una «identidad homosexual» cuanto una historia social diferenciada de la homosexualidad masculina y del lesbianismo.

La subcultura homosexual, en la que se definieron y reforzaron los significados sexuales, era predominantemente masculina, giraba en torno a lugares de reunión, clubs, tabernas, etc. De hecho, tal vez fuera menos una sola subcultura que una serie de subculturas superpuestas, satisfaciendo cada una de ellas una necesidad diferente. En su aspecto más organizado, hubo a menudo una complacencia en el travestismo, en un afeinamiento que se reía de sí mismo, en el uso de un argot y en un predominio de lo «amanerado». En su forma más general (la sexualidad ocasional que giraba en torno a los mingitorios públicos) la superposición entre la subcultura homosexual y la cultura principal era más difusa.

³⁸ *Ibid.*, capítulos 7-9.

³⁹ Gagnon y Simon, *op. cit.*, p. 176.

En segundo lugar, la subcultura homosexual exhibió un notable predominio de los valores de la clase media alta. Tal vez, en cierto modo, sólo los hombres de la clase media tuvieron suficiente conciencia de una «vida personal» como para desarrollar una identidad homosexual⁴⁰. Los escritores homosexuales masculinos insistían en las relaciones entre miembros de distintas clases y en la juventud (por lo normal, la relación idealizada más representativa es la que tiene lugar entre un hombre de la clase media alta y un joven de la clase obrera) de forma comparable, dicho sea de paso, a ciertos modelos heterosexuales de la clase media en el siglo XIX y antes (véase, por ejemplo, el autor de *My secret life*⁴¹). La imposibilidad de unas relaciones dentro de una misma clase es un tema constante de la literatura homosexual, que demuestra los profundos sentimientos de culpabilidad (tanto sexual como de clase) que impregnan la identidad masculina. Pero también ilustra lo que podría llamarse «colonialismo sexual», que veía en el joven o en el soldado de la clase obrera una fuente de «comercio» a menudo difícilmente compatible con la idealización del efecto reconciliador de las relaciones entre miembros de distintas clases.

Pero si la idealización de los jóvenes de la clase obrera era un tema importante, la actitud de éstos es más difícil de averiguar. Aparecen en los principales escándalos (por ejemplo los procesos de Wilde, el escándalo de la calle Cleveland), pero es casi imposible descubrir la idea que tienen de sí mismos. Podemos formular la hipótesis de que la difusión de la conciencia homosexual era mucho menos general entre los hombres de la clase obrera que entre los de la clase media, por factores familiares y sociales obvios, aun cuando la ley (por ejemplo, sobre proposiciones deshonestas) probablemente afectara más a los hombres de la clase obrera que a los de la clase media. También podemos señalar que los datos que poseemos sobre la prostitución masculina, por ejemplo en la Brigade of Guards, sugieren que los «prostitutos» eran reacios a definirse como homosexuales⁴².

⁴⁰ E. Zaretsky, *Capitalism, the family and personal life*, Londres, 1976 [*Familia y vida personal*, Barcelona, Anagrama, 1978].

⁴¹ S. Marcus, *The other Victorians*, Londres, 1967.

⁴² A. J. Reiss, S. Raven, «Boys will be boys» y «The social integration of queers and peers», en H. M. Ruitenbeck, comp., *The problem of homosexuality in modern society*.

Entre los homosexuales de la clase media, el autorreconocimiento se transformó a veces en una conciencia más política. Existen algunas pruebas de que entre los homosexuales masculinos, como Edward Carpenter, pero también a principios del siglo XX entre una generación más joven asociada a los escritores George Ives y Laurence Housman, estaba muy desarrollada la conciencia de una opresión homosexual. Estos fueron los núcleos de un sigiloso grupo en pro de la reforma sexual, constituido a finales de la década de 1890, que se mantuvo activo al menos hasta la década de 1930. Tenía todos los elementos de una camarilla a la defensiva, incluidos códigos y rituales masónicos, pero era también un grupo conscientemente político que intentaba, mediante presiones discretas sobre personas bien situadas, cambiar las actitudes y las leyes⁴³. Este grupo mantuvo contactos no sólo con reformadores homosexuales de tendencias culturalistas en Alemania, sino también con lesbianas como Raddclyffe Hall y Una Troubridge. Estas pruebas hacen pensar en un esfuerzo continuado por articular una identidad en un clima social de hostilidad, cuando no de persecución.

Finalmente, debemos señalar que si es difícil localizar las organizaciones subculturales, es aún más difícil descubrir los modelos de interacción sexual. Hay datos sobre parejas homosexuales duraderas, pero también debemos constatar el predominio de la promiscuidad ocasional, rasgo por el que siempre se ha destacado la comunidad homosexual masculina. Muchos de los lugares de contacto más frecuentes entre homosexuales masculinos, como los mingitorios públicos y los baños turcos, que favorecen los contactos ocasionales⁴⁴, pueden ser relacionados tanto con las actitudes tradicionales de la clase media masculina hacia la promiscuidad ocasional como con las dificultades de llevar una vida abiertamente homosexual en un medio hostil, y por consiguiente la necesidad de una doble vida y de «ser admitido». Es difícil valorar el significado histórico y social de este aspecto de la vida homosexual. Hocquenghem ve la promiscuidad en sí como un desafío positivo a la monogamia heterosexual, mientras que muchas feministas contemporáneas ven en ella un ejemplo representativo de la objetivación sexual masculina.

⁴³ Weeks, *Coming out*, pp. 118-127.

⁴⁴ X. Mayne, *The intersexes*, Florencia, 1910; H. M. Hyde, *The other love*, Londres, 1972; L. Humphreys, *Tea room trade*, Nueva York, 1970.

lina. Es, sin embargo, una parte profundamente arraigada de la conciencia homosexual masculina, muy diferente de los patrones lesbianos. Ilustra una vez más algo tan importante como que

los patrones de un comportamiento sexual abierto por parte de las mujeres homosexuales tienden a parecerse a los de las mujeres heterosexuales y a diferir radicalmente de los patrones sexuales tanto de los hombres heterosexuales como de los homosexuales⁴⁵.

EL IMPACTO DEL MOVIMIENTO GAY

Esto nos lleva finalmente a una breve valoración de las formas en que ha cambiado esta conciencia homosexual gracias al impacto del actual movimiento gay. Por una parte, podemos ver lo sucedido en los últimos diez años como la culminación de un esfuerzo largo y desigual hacia la autodefinición que ha sido el tema subyacente en la aparición de la identidad homosexual. Comenzando por la clasificación hostil, la noción socialmente construida de los homosexuales como una raza aparte, ha rechazado los estigmas y recalado lo positivo («lo gay es bueno»). Aunque comenzó a la vez en Estados Unidos y Gran Bretaña siendo un movimiento explícitamente político (el nombre «Gay Liberation Front» presentaba una analogía explícita con los movimientos de liberación nacional), su impacto real hasta ahora ha sido como estímulo a la masiva expansión de la cultura homosexual masculina en los últimos diez años. Incluso los componentes del movimiento gay (por lo general hombres de clase media) no han sido muy diferentes de los articuladores tradicionales de la conciencia homosexual en los últimos cien años aproximadamente, y la mayor parte de las conquistas en materia de expansión subcultural, mayor apertura, desaparición del sentimiento de culpabilidad, sólo han sido plenamente disfrutadas hasta ahora por los gays metropolitanos de clase media. De esta forma el movimiento gay actual, a pesar de ser un producto de unos cambios sociales específicos, es el clímax de un prolongado proceso de definición y autodefinición: su hincapié en la «etnicidad», la búsqueda de las raíces de «su» historia es cómplice

⁴⁵ Gagnon y Simon, *op. cit.*, p. 180.

de la categorización social de la homosexualidad que hemos expuesto. Podemos decir que la afirmación abierta y desafiante de nuestra sexualidad es una etapa necesaria y esencial para reclamar el control de nuestras vidas. Pero por sí sola no plantea ningún desafío radical, y ésta es la razón de que, en Estados Unidos, parezca haber ahora una total coincidencia entre la escena comercial gay y el movimiento gay, hasta el punto de que los Días del Orgullo Gay están en buena parte subvencionados por intereses comerciales (gays).

Por otra parte, en la retórica, y a veces en la práctica, del movimiento gay ha estado siempre implícito no sólo un ataque a los elementos objetivadores y opresores de la subcultura masculina, sino también una identificación con las luchas de la mujer contra el patriarcado. En todo ello es fundamental el desafío a la hegemonía de la heterosexualidad obligatoria y al predominio de las normas patriarcales y familiares. La evolución de los significados y las identidades sexuales que hemos descrito en los últimos cien años aproximadamente no ha terminado en modo alguno, pero por primera vez los homosexuales, en gran escala y abiertamente, están en condiciones de intentar configurar sus propios destinos.